

P. D. JAMES (1920-2014), estudió en Cambridge y trabajó durante treinta años en la Administración Pública, incluyendo departamentos legales y policiales. Es autora de veinte libros. Publicó su primera novela en 1963, dando inicio a la exitosa serie protagonizada por Adam Dalgliesh. Como reconocimiento a su trayectoria profesional, en 1991 le fue concedido un título nobiliario. Además, entre otros premios, ha recibido el Grand Master Award, el Diamond Dagger y el Carvalho concedido por el festival BCNegra. Además, forma parte del Salón de la Fama de la International Crime Writing junto a Arthur Conan Doyle y Agatha Christie.

En Ediciones B ha publicado *Un impulso criminal*, *Muertes poco naturales*, *La octava víctima*, *No apto para mujeres*, *La torre negra*, *La muerte de un forense*, *Sangre inocente*, *La calavera bajo la piel*, *Sabor a muerte*, *Intrigas y deseos*, *Hijos de hombres*, *El pecado original*, *Una cierta justicia*, *Muerte en el seminario*, *La sala del crimen*, *El faro* y el presente libro de memorias, *La hora de la verdad: un año de mi vida*. *La muerte llega a Pemberley* es un magistral homenaje a Jane Austen, su autora preferida desde la infancia.

T. A. CRITCHLEY (1919) es un reconocido investigador británico especializado en la historia social del crimen.







Titulo original: *The Maul and the Pear Tree*

Traducción: Esteban Riambau

Ante la imposibilidad de ponerse en contacto con el propietario de la traducción, la editorial pone los derechos que le correspondan a su disposición.

1.ª edición: junio, 2017

© 1971, 1987 by T. A. Critchley & P. D. James

© Ediciones B, S. A., 2017

para el sello B de Bolsillo

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain

ISBN: 978-84-9070-383-0

DL B 8118-2017

Impreso por NOVOPRINT

Energía, 53

08740 Sant Andreu de la Barca - Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



# La octava víctima

---

**P. D. JAMES Y T. A. CRITCHLEY**





El señor Williams efectuó su debut en el escenario de Ratcliffe Highway, perpetrando aquellos famosos asesinatos que le han procurado tan brillante e imperecedera reputación. A propósito de tales asesinatos, debo observar que en un aspecto al menos han tenido un efecto adverso, pues el buen conocedor en materia de asesinatos se muestra ahora muy remilgado en su gusto, insatisfecho ante todo lo que desde entonces se ha hecho en esta línea. Todos los demás delitos palidecen ante el intenso carmesí del suyo.

THOMAS DE QUINCEY,  
*On the Knocking at the Gate in Macbeth*





## Prólogo

Durante las oscuras noches de diciembre de 1811, en las inmediaciones de Ratcliffe Highway, en el East End londinense, dos familias, que sumaban en total siete personas, fueron brutalmente asesinadas a golpes en el plazo de doce días. Desde el primer momento, los asesinatos, con toda su barbarie y crueldad, captaron enormemente la atención pública. Nunca antes, ni siquiera en tiempos de los Gordon Riots, cuando Londres llegó a estar al borde de la anarquía, se había dado semejante protesta nacional contra los medios tradicionales de las fuerzas del orden, ni una solicitud de reformas tan vigorosa e insistente. El Gobierno pregonó la más alta recompensa jamás ofrecida por cualquier información que pudiera conducir al descubrimiento de los asesinos; durante tres semanas, *The Times* dio a los crímenes preferencia sobre cualquier otra noticia; en la mente de De Quincey los hechos inspiraron uno de los grandes ensayos en lengua inglesa, *Sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes*, con su versión inmortal de la carnicería perpetrada con los Marr y los Williamson añadida, años más tarde, como anexo. Durante décadas siguieron circulando leyendas sobre estas brutalidades hasta que, tres cuartos de siglo más tarde, Jack el Destripador empezó a trabajar en un escenario vecino del East End, para arrebatar a su único competidor el de-

recho a los laureles sanguinarios del calendario criminal británico.

El horror y el misterio, así como una ubicación parecidamente mísera, fueron factor común para los autores de una y otra serie de destacados crímenes, pero había un aspecto en que las circunstancias de 1887 eran muy distintas. Se dispuso entonces de unos catorce mil policías metropolitanos, ayudados por centenares de detectives, para dar caza al Destripador y, aunque nunca le echaron mano, la policía pudo al menos proporcionar cierta tranquilidad a una población aterrorizada. Pero en 1811 no había fuerzas policiales en Gran Bretaña y el pánico cundió a rienda suelta. Uno de los aspectos más fascinantes del estudio de estos crímenes es la visión de una moribunda organización parroquial que, ayudada por la innovación que supusieron los «magistrados de la policía», aceptó el desafío de una importante investigación por el asesinato y aparentemente, pese a las protestas públicas, acabó por conseguir el éxito. Pero al ir más allá de los relatos en letra impresa de los asesinatos, se hace evidente que el caso era mucho más complicado de lo que cualquiera —con la excepción de un puñado de hombres, en aquel entonces vivos— hubiera llegado a suponer. A partir de fuentes inéditas y de informaciones de los periódicos, reconstruimos los hechos reales, y a medida que la historia se desarrollaba fuimos descubriendo que el sistema de 1811 no hizo más que llevar adelante un confiado, conveniente y brutal juicio sobre un cadáver, mientras dejaba el núcleo de los crímenes de Ratcliffe Highway envuelto en eterno misterio.

De todos los relatos publicados acerca de los asesinatos sólo hemos podido separar dos que tengan algún valor. El más importante comprende tres folletos de la época (y hoy raros) publicados por John Fairburn a seis peniques cada uno. No llevan fecha, pero hay pruebas de que fueron impresos en diciembre de 1811 o principios de 1812. Estos folletos narran las circunstancias de los crímenes e incluyen una



útil profusión de pruebas presentadas ante los magistrados y, en tres sucesivas diligencias judiciales, por el *coroner*. La otra fuente valiosa publicada es la obra de sir Leon Radzinowicz *History of the English Criminal Law*, que en su tercer volumen recoge sucintamente el perfil del relato, pero sin el apoyo de pruebas. No obstante, Radzinowicz hace un cierto uso de los documentos del Home Office, evidentemente inasequibles para Fairburn. La mayoría de los restantes relatos parecen proceder ya sea de Fairburn o bien del ensayo de De Quincey, y por consiguiente no han sido de utilidad para nuestro propósito. Sin embargo, debido a la brutalidad de los crímenes, los informes sobre el proceso judicial en los periódicos de la época son singularmente extensos, y nos hemos basado en realidad en los publicados en *The Times*, *London Chronicle*, *Morning Post* y *Morning Chronicle*, además de las revistas *Courier*, *The Examiner* y *Gentleman's Magazine*.

Nuestra otra fuente principal han sido los documentos del Home Office (Domestic Series) que hoy se encuentran en el Public Record Office. Antes de que se crease la Metropolitan Police, los magistrados del Middlesex mantenían una correspondencia regular con el ministro del Interior sobre los asuntos criminales, y los legajos correspondientes a diciembre de 1811 y la primera parte de 1812 contienen abundante material sobre los asesinatos de Ratcliffe Highway, como nunca se había reunido ni, con la excepción de unos pocos documentos citados por Radzinowicz, publicado.

Dos fuentes de material, cada una de las cuales podría contener una clave definitiva para la resolución del misterio, han eludido nuestras pesquisas. La pérdida más grave es la de las declaraciones originales hechas ante los magistrados de Shadwell. Enviadas al Home Office por orden del Ministerio del Interior el 10 de enero de 1812, fueron devueltas al escribano del juzgado de Shadwell el 7 de febrero.

Desde entonces, no ha sido posible localizarlas. Los pro-






pios magistrados dijeron al ministro del Interior en diciembre de 1811 que los informes de la prensa acerca de las audiencias revelaban una «cuidadosa precisión», por lo que cabe que la pérdida no sea importante. No obstante, parece probable que pequeños detalles adicionales contenidos en las transcripciones originales, contrastados con lo que ahora sabemos, acaso hubieran podido confirmar lo que de otro modo deben ser conclusiones provisionales acerca de los verdaderos autores de los crímenes. La otra fuente perdida parece haber estado en otro tiempo en los archivos de la East India Company.

Creemos que los detalles de un motín que estalló a principios de 1811 a bordo del *Roxburgh Castle*, un barco de la East India, arrojarían luz sobre los sucesos acaecidos en Ratcliffe Highway unos meses más tarde, y creemos que las circunstancias de dicho motín, de poderse averiguar ahora, sustentarían nuestra hipótesis.

Agradecemos a muchas personas su ayuda para reunir material destinado a este libro, y en particular es una satisfacción reconocer la ayuda siempre cortés, y a menudo entusiasta, que hemos recibido de las siguientes personas y entidades: el personal del Public Record Office, el British Museum, el London Museum, el Departamento de Archivos del Greater London Council y la biblioteca y la imprenta del Guildhall; el señor Douglas Matthews, segundo bibliotecario de la London Library; el personal bibliotecario del Home Office, New Scotland Yard, el London Borough of Tower Hamlets y las autoridades portuarias de Londres; el conservador del museo de la División del Támesis de la Policía Metropolitana; el Rvdo. A. M. Solomon, párroco actual de St. George's-in-the-East, que nos brindó amablemente antiguos documentos parroquiales relacionados con el caso; y el señor Benton Hughes, con el que hemos contraído una particular deuda de gratitud por su labor al preparar el plano callejero ilustrado que se reproduce en las hojas de encuadernación. El plano se basa en





un mapa grabado por Richard Horwood en 1807; los dibujos de la tienda de los Marr, de la taberna King's Arms y de la iglesia de St. George proceden de grabados contemporáneos, y el de The Pear Tree es imaginario.

Por último, es un placer expresar nuestro agradecimiento al profesor Keith Simpson, MA, MD, profesor de medicina forense en el Guy's Hospital de Londres, por acceder amablemente a leer las declaraciones médicas presentadas en la encuesta judicial y por contestar a nuestras preguntas relacionadas con ellas.

T. A. C.  
P. D. J.



## Muerte de un lencero

Poco antes de las doce, la última noche de su vida, Timothy Marr, lencero de Ratcliffe Highway, se dedicó a poner orden en la tienda, ayudado por el aprendiz, James Gowen. Había que plegar y guardar varias piezas de tela, estambre ordinario, lino teñido, loneta para pantalones de marinero y sarga para las chaquetas, rollos baratos de algodón estampado a cuatro peniques la yarda y fardos de seda y muselina dispuestos para atraer a los clientes más adinerados de la plaza Wellclose y Spitalfields. Era sábado, 7 de diciembre de 1811, y el sábado era el día más movido de la semana. La tienda se abría a las ocho de la mañana y permanecía abierta hasta las diez o incluso las once de la noche. La limpieza de la misma tendría a ambos en pie hasta la madrugada del domingo.

Marr tenía veinticuatro años de edad. Había trabajado como marinero al servicio de la East India Company, y había hecho su último viaje con el *Dover Castle* tres años antes, en 1808. Éste fue también el viaje más próspero de Marr. No tuvo que trepar a los mástiles con la tripulación, sino que el capitán lo contrató como su asistente personal. Era, al parecer, un joven amable, consciente, deseoso de complacer y con ambiciones de mejorar su situación. Durante el largo viaje de regreso, tales ambiciones cobraron forma. Sabía exactamente lo que deseaba. Había una joven que lo esperaba en



tierra y el capitán Richardson le había hecho la promesa de ayuda y patrocinio si Marr continuaba sirviéndolo debidamente. Si llegaba sano y salvo pediría la licencia, se casaría con su Celia y abriría una pequeña tienda. La vida en el litoral podía resultar difícil e insegura, pero al menos se vería libre de peligro y, si trabajaba con ahínco, podía tener la certeza de conseguir seguridad y fortuna. Cuando el *Dover Castle* atracó en Wapping, Marr dejó su oficio con dinero suficiente para iniciar un modesto negocio. Se casó, y en abril de 1811 la joven pareja encontró lo que andaba buscando. En los distritos fluviales del East End la propiedad inmobiliaria era barata, y Marr conocía bien las costumbres de los marinos. Adquirió una tienda en el número veintinueve de Ratcliffe Highway, en la parroquia de St. George's-in-the-East, en los alrededores de Wapping y Shadwell.

Durante dos siglos, la Highway había tenido muy mala reputación. Era la más importante de las tres carreteras principales que salían de Londres en dirección este, siguiendo una cresta de terreno firme sobre el pantano de Wapping. Había existido un camino siguiendo este promontorio desde los tiempos de los romanos, y el punto donde la franja de gravilla rojiza se acercaba más al borde del agua (el *red cliff*, o acantilado rojo) había sido un puerto desde tiempos inmemoriales. Pero ya en 1598, el año en que Stowe publicó su *Survey of London*, Ratcliffe Highway se había convertido en «sucio y estrecho pasadizo, con callejones de pequeñas casuchas habitadas por abastecedores de marinos». Esta degeneración se había producido más o menos en tiempos del propio Stowe. Cuarenta años antes, la Highway había discurrido entre «hermosos setos, largas hileras de olmos y otros árboles» hasta el caserío del «Limehurst, o Lime host, llamado por corrupción Lime house». Wapping y todo el terreno que bordeaba el río habían sido verdes campos y huertos, prácticamente desde el establecimiento de los romanos, sin que «nunca se erigiera una casa en estos cuarenta años».








Había una razón particular por la que nadie quería edificar en Wapping, a pesar del crecimiento de la navegación en el Pool of London, en tiempos isabelinos. La aldea «era el lugar usual de ejecución para ahorcar a piratas y corsarios, en el punto más bajo de la marea, y hasta que los patíbulos no se desplazaron algo más río abajo no aparecieron los primeros y miserables barrios». Después se extendieron rápidamente sobre el terreno pantanoso, llegando hasta los patíbulos y sobrepasándolos, hasta Shadwell, Ratcliffe, Limehouse y Poplar. La vida en estas casuchas del siglo XVIII era durísima, y el tintineo de las cadenas de los ajusticiados cuando avanzaban las olas con la marea creciente era como un recuerdo de sus realidades. Lo mismo cabe considerar respecto al tortuoso trazado de las calles de Wapping. Muelles, terraplenes y tramos de escalones que, bañados por la marea, bajaban hasta el río —Escalera del Pelicano, Escalera King James's, Escalera Nueva de Wapping— revelaban aún el esqueleto de un antiguo pueblo marinerero, pero iban desapareciendo con rapidez. El doctor Johnson fue testigo de una parte de la primitiva transición. «Hoy habló profusamente —anotó Boswell en marzo de 1783— sobre la maravillosa extensión y variedad de Londres, y observó que hombres de temperamento curioso podían ver en ella modos de vida que muy pocos podrían llegar a imaginar. En particular, nos recomendó que explorásemos Wapping.»

Todo el distrito quedaba unido al sur por la oscura arteria de Londres, el Támesis, y era una vía amplia y muy activa, animada por la navegación.\* Había los grandes buques

\* Cada año, 13.000 navíos de todo el mundo anclaban en el puerto de Londres, que era entonces el mayor del mundo en la ciudad también mayor del globo. Antes de que se abriera el muelle de Londres en 1805, unos 10.000 ladrones se cebaban en los cargamentos de miles de barcos anclados en pleno río. Las pérdidas ascendían a unas 500.000 libras esterlinas anuales, aunque tan portentosa era la riqueza de lo que llegaba a Londres que






de la compañía East India, tan voluminosos y formidables como navíos de guerra, portadores de cargamentos de té, drogas, muselina, tela fina de algodón, especias e índigo; buques de la West India, cargados de azúcar, ron, café, cacao y tabaco de las Américas; carboneros procedentes de Newcastle, balleneros de Groenlandia, embarcaciones costeras, paquebotes, bergantines, gabarras, barcazas, transbordadores y botes. La existencia de los habitantes de Wapping transcurría con el constante acompañamiento de fondo de los ruidos fluviales: el suspiro del viento en velas y mástiles, el intenso chapoteo del agua contra los embarcaderos y los roncros gritos de los hombres de las barcazas y transbordadores. El intenso olor estival del Támesis, sus vientos marinos y sus nieblas otoñales, eran parte del aire que ellos respiraban. Incluso la ribera tomó forma debido a las múltiples asociaciones de ésta con el río, y los nombres de muchas calles expresaban su función. Por el camino Old Gravel se canalizaba gravilla para lastre desde los pozos de Kingsland hasta los muelles de Wapping, en tanto que Cable Street era la sede de los fabricantes de cuerdas, que las trenzaban en los campos que atravesaba.

De la bulliciosa actividad comercial del río obtenían sus medios de vida casi todos los habitantes, ricos y pobres por igual. Los estibadores, que acarreaban la carga desde la bodega hasta la cubierta; los barqueros, que tripulaban las gabarras y otras embarcaciones que aprovisionaban los buques anclados; los suministradores de cordajes y poleas, proveedores de panadería para barcos, comerciantes en accesorios marítimos, fabricantes de instrumentos, constructores de embarcaciones, lavanderas que vivían de hacer la colada para los marineros, carpinteros que se ocupaban de reparar los barcos, cazadores de ratas para librar a éstos de su plaga, due-

---

esta cifra equivalía a menos del uno por ciento del valor total de las mercancías que allí se manipulaban. (*N. de los A.*)



ños de pensiones y de burdeles, prestamistas, taberneros, y otros cuyo negocio consistía en desplumar a los marineros que volvían, tan deprisa y tanto como fuera posible, de sus pagas acumuladas. Todos ellos, de diferentes maneras, atendían a las necesidades de los barcos y sus tripulantes, y entre todos ellos eran los marineros, una fanfarrona e indeseable aristocracia yendo y viniendo con las mareas, quienes ocupaban el rango preferente. Se alojaban en viviendas baratas junto al río y dormían sobre jergones de paja en dormitorios de cuatro o cinco plazas, con sus cofres de marino amontonados entre ellos. Después de pasar meses en el mar sometidos a una dura disciplina, estos hombres volvían a casa enriquecidos, con treinta o cuarenta libras en sus bolsillos, y las gastaban deprisa. Eran una grey cosmopolita en la que malhechores se codeaban con presuntos caballeros, tuertos y mancos, ex amotinados, héroes, piratas y forjadores del Imperio que acudían a la mayor ciudad del globo. Había continuas peleas entre los marineros ingleses y los extranjeros, y en octubre de 1811 el ministro del Interior escribió a los magistrados locales para ordenarles acabar con tales reyertas antes de que alguien perdiera la vida. Poco después, como para subrayar esta advertencia, un portugués moría cosido a puñaladas.

Es evidente que Marr salió de sus relaciones con los rufianes de la marina mercante como hombre bien disciplinado. En los pocos meses que llevaba al frente de su negocio, se había forjado una reputación de laboriosidad y honradez. La actividad comercial era considerable y en las últimas semanas había utilizado los servicios de un tal Pugh, carpintero, para modernizar la tienda y mejorar su distribución. Se había derribado toda la fachada de la tienda y alterado la obra de ladrillo a fin de ampliar el escaparate y permitir con ello una mejor exhibición de los artículos. Y el 29 de agosto de 1811 le nació un hijo, cosa que aumentó su satisfacción y reforzó sus ambiciones. Ya imaginaba el día en que la fachada

de su negocio —tal vez la de varios negocios, desde Bethnal Green pasando por Hackney, Dalston y Balls Pond Road hasta Stamford Hill y más allá— ostentara el rótulo «Marr e hijo».

Sin embargo, la primera tienda representó un comienzo muy modesto. Se encontraba en un bloque de casas miserables frente a la Ratcliffe Highway. La tienda en sí, con su mostrador y sus estanterías, ocupaba la mayor parte de la planta baja. Detrás del mostrador una puerta desembocaba en un pasillo posterior del que partían dos tramos de escalera que conducían hacia abajo hasta la cocina, en el sótano, y hacia arriba hasta un rellano y los dos dormitorios de la planta superior. Una segunda planta servía como almacén para guardar seda, encajes, pellizas, abrigos y pieles. Era una casa sencilla, a la que salvaba de la monotonía el nuevo y atractivo escaparate, recién pintado en un color verde oliva. La manzana en la que se encontraba la tienda era una de cuatro hileras similares de casas que formaban los costados de una plaza. Dentro de la manzana, cada casa tenía su jardín posterior cercado, al que se accedía por una puerta trasera desde el interior. El terreno de la plaza era común para los vecinos de todo el bloque. La manzana, en la parte de la plaza opuesta a la tienda de Marr, daba a Pennington Street, y allí las casas quedaban a la sombra de una gran pared de obra de seis metros de altura. Era el muro del muelle de Londres, construido como una fortaleza y diseñado como una fortaleza por el arquitecto de la prisión de Dartmoor, con el fin de proteger los cientos de embarcaciones atracadas en su interior. Para erigir el muelle se habían arrasado casi tres hectáreas de chozas y barracas, y sus pobladores se habían apiñado en los míseros barrios adyacentes. Muchos de ellos se vieron privados de la única forma de ganarse la vida que conocían, puesto que los buques que antes saqueaban quedaban protegidos ahora por la monstruosa y negra pared del muelle. Y al quedarse sin esta forma fácil de existencia, se ce-

baban en los habitantes de los distritos fluviales, sumándose con ello al creciente ejército londinense de ladrones y mendigos. El muro que confería mayor seguridad a la navegación en Londres nada hizo para incrementar la que pudiera haber en Ratcliffe Highway.

Era mala época, aparte de lo poco propicio del barrio, para instalar un negocio. En 1811, el bloqueo napoleónico de los puertos continentales había paralizado prácticamente el comercio europeo. En las regiones industriales del interior, las actividades de los sabotadores de la maquinaria fomentaban el temor a una revolución. La cosecha había sido desastrosa y, como correspondía a un año de violencia y confusión, fue en 1811 cuando por fin el anciano monarca fue declarado por sus médicos loco de manera irreversible, y el príncipe de Gales asumió la regencia.

No obstante, mientras limpiaba y ordenaba su tienda al finalizar una atareada semana, preocupaciones más personales asediaban la mente de Marr: la salud de su esposa, que sólo con gran lentitud se reponía del parto; el acierto de las alteraciones introducidas en la tienda —¿no se habría pasado de la raya?—, ello sin contar la irritante cuestión de la pérdida de un escoplo que Pugh, el carpintero, había obtenido en préstamo de un vecino y que ahora insistía en que se encontraba aún en la tienda de Marr, sin que una búsqueda a fondo hubiese dado con él; y su propio apetito al finalizar una larga jornada. El lencero hizo una pausa en su trabajo y llamó a la criada, Margaret Jewell. A pesar de que ya era muy tarde (faltaban unos diez minutos para la medianoche, como explicó después Margaret Jewell al juez de instrucción), dio a la joven un billete de una libra y el encargo de pagar la factura del panadero y comprar unas ostras. A un penique la docena, suministradas frescas por las barcas ostreras de Whitstable, serían una cena barata y muy sabrosa tras una prolongada jornada de trabajo. Y constituirían también una agradable sorpresa para Celia, la joven esposa de Marr,



que se encontraba entonces en la cocina del sótano, alimentando a su bebé. Timothy Marr junior tenía tres meses y medio.

Al cerrar la puerta de la tienda y adentrarse en la noche, Margaret Jewell vio que su amo seguía trabajando, atareado detrás del mostrador, con James Gowen. La joven dobló a la izquierda y enfiló Ratcliffe Highway.

Al parecer no le inspiraba temor andar sola en plena noche, pero esta sensación de seguridad, que pronto quedaría hecha trizas durante toda una generación, era relativamente nueva. Las sacristías parroquiales de unas cuantas iglesias Reina Ana habían aportado las primeras influencias civilizadoras —suelos pavimentados, lámparas de aceite y vigilantes—, pero los principales cambios se habían producido ya en vida de Margaret Jewell. La gente no se cansaba de recordar el incendio de 1794, el más devastador desde el incendio de Londres, cuando las llamas consumieron centenares de casas y barracas de madera a ambos lados de la Highway. Se derramó una olla de pez hirviendo en el recinto de un constructor de embarcaciones y el fuego se propagó a una barcaza cargada de salitre. Había marea baja y los barcos vecinos yacían indefensos en el cieno. La barcaza explotó e incendió los almacenes de salitre de la East India Company. Llovió fuego sobre Ratcliffe Highway, como volvería a ocurrir ciento cincuenta años más tarde, pero fue un fuego purificador. Las barracas de madera fueron sustituidas por casitas de ladrillo, de las que formaba parte la tierra de Marr, y surgieron zonas respetables. La inauguración del muelle de Londres en 1805 mejoró la reputación del barrio, al instalarse en el distrito acaudalados comerciantes, cuya prosperidad pregonaba cada domingo una hilera de carruajes ante las verjas de la iglesia de St. George's-in-the-East. Sin embargo, en una inclemente noche invernal la Highway todavía podía ser un lugar amedrentador para los supersticiosos, cuando baupreses y botavaras chocaban y crujían con-





tra los atracaderos del muelle y el viento gemía en los viejos aparejos como el último suspiro de una pirata ahorcado junto al río. Pero la mayoría de las noches eran ahora tranquilas, y de día la Highway se había convertido en una calle acogedora, vulgar y ruidosa, animada por los colores de docenas de rótulos pintados que colgaban en la entrada de posadas y tiendas, e impregnada por doquier con los intensos olores del mar y del río: los del pescado, las cuerdas embreadas, los aparejos y velas nuevos y las maderas resinosas para la reparación de los barcos. Y en una noche de sábado, muy en especial, cuando los hombres se gastaban sus salarios semanales en las tabernas y las tiendas permanecían abiertas hasta muy tarde, la Highway tenía una vida propia rutilante, sustentada por la relativamente nueva sensación de seguridad que permitía a una criadita desplazarse tranquilamente a medianoche.

Margaret Jewell caminó a lo largo de Ratcliffe Highway hasta la tienda de Taylor, donde vendían ostras, pero la encontró cerrada. Volvió sobre sus pasos hasta la casa de Marr, miró a través de la ventana y vio que su amo seguía trabajando detrás del mostrador. Fue la última vez que lo vio vivo. Debían de ser entonces poco más o menos las doce. Era una noche nublada pero no fría, que seguía a un día lluvioso, y la joven debió de alegrarse de tener una excusa para permanecer más tiempo fuera. Continuó, dejando atrás la tienda de Marr, y se desvió de la Highway, bajando por John's Hill para pagar la cuenta del panadero.

Pero ahora daba ya la espalda a la seguridad. Desde la esquina de John's Hill discurría Old Gravel Lane, el histórico vínculo de tierra firme con el litoral de Wapping, que se serpenteaba hasta el río a unos sesenta metros del muelle de la Ejecución, donde eran ahorcados los piratas. Entre los amarraderos el agua discurría bajo una capa espumosa de fango y residuos de albañal; detrás de estos muelles, las mareas habían acumulado, a lo largo de los siglos, depósitos de viejos



y destartalados cobertizos, como percebes en el casco de un buque. No seguían ni se adaptaban a plan alguno. La antigua costumbre había sido la de construir patios y pasajes en ángulo recto con los caminos principales. Se construían patios dentro de patios, y pasajes detrás de otros pasajes. Y más recientemente, la joven había visto zonas enteras emparedadas, reducidas y ocultas incluso a la luz del día por lo muros ciegos de los almacenes, las altas y sombrías paredes de los alojamientos para marineros y el acantilado del muelle de Londres, que dominaba su ciudad flotante y ajena. La mujer debía de haber oído historias escalofriantes acerca de la vida en aquellos oscuros laberintos ocupados a la fuerza por hombres y mujeres apiñados en propiedades abandonadas que suponían un perpetuo peligro de incendio, y en las madrigueras y guaridas donde Old Gravel se retorció hasta llegar al Támesis: Gun Alley, Dung Wharf, Hangman's Gains, Pear Tree Alley.\* El populacho hambriento se mantenía mayoritariamente tranquilo, con la sombría fortaleza de la desesperación, mas para los londinenses respetables constituía una amenaza constante. De vez en cuando se producía una erupción, cuando unas hordas salvajes invadían la parte oeste para alborotar y darse al pillaje, o se congregaban para asistir al espectáculo de una ejecución pública en la horca.

—La panadería estaba cerrada —explicaría más tarde Margaret Jewell al juez—. Fui después a otro lugar para comprar las ostras, pero no encontré ninguna tienda abierta. Estuve fuera de casa unos veinte minutos.

No se aventuró más abajo, en dirección a Wapping y la orilla del río, sino que volvió a la seguridad familiar de Ratcliffe Highway.

Pero era ya más de la medianoche y los ruidos callejeros

\* Lugares cuyos nombres pueden traducirse literalmente como Pasaje del Cañón, Muelle del Estiércol, Ganancias del Verdugo y Callejón del Peral. (*N. del T.*)





se iban extinguendo. Cerraban las tabernas, se aseguraban los porticones y se corrían cerrojos. Y al empezar a reinar el silencio en la calle, Margaret Jewell comenzó a oír el eco de sus propios pasos en los adoquines. Sobre su cabeza, las vacilantes lámparas del barrio, alimentadas por aceite crudo de pescado, proyectaban una luz mortecina sobre el húmedo pavimento, realzando las sombras y dándoles movimiento, y entre un farol y otro había zonas de total oscuridad. Tampoco brillaba luz alguna en la tienda de Marr cuando Margaret Jewell llegó al número veintinueve de Ratcliffe Highway. Allí también reinaba la oscuridad y la joven se encontró con la puerta firmemente cerrada. Sola, en plena calle silenciosa, tiró de la campanilla.

De inmediato, el tintineo le pareció extrañamente estridente a la muchacha, mientras esperaba. No había nadie a aquella hora tan tardía, excepto George Olney, el vigilante, que pasó sin decir palabra por el otro lado de la calle, conduciendo a una persona al calabozo. Margaret Jewell volvió a llamar con más fuerza, pegándose a la puerta y escuchando cualquier ruido que pudiera percibirse en el interior. Todavía no estaba seriamente preocupada. El amo se tomaba su tiempo. Estaba probablemente con su esposa, al calor de la cocina del sótano. Tal vez la familia, renunciando a las ostras, incluso se había acostado. La joven esperaba que su señor no la riñera por dedicar tanto tiempo a unos recados que al final no habían dado fruto, y también que sus campanillazos no despertaran al pequeño. Tiró de nuevo de la campanilla, con más vigor, escuchó, y esta vez captó un sonido que, hasta el final de su vida, siempre recordaría con un estremecimiento de horror. De momento, sin embargo, sólo le causó una sensación de alivio, y le dio la tranquilizadora seguridad de que pronto disfrutaría del calorcillo de la familiar cocina. Se oyeron unos pasos quedos en la escalera. Alguien —seguramente el amo de la casa— bajaba para abrir la puerta. Después, otro ruido familiar. El bebé emitió un solo grito sordo.





Pero no acudía nadie. Las pisadas cesaron y de nuevo se hizo el silencio. Era un silencio absoluto, extraño y amedrentador. La joven hizo sonar de nuevo la campanilla y a continuación, movida por el pánico y la frustración, descargó unos puntapiés contra la puerta. Tenía frío y empezaba a estar muy asustada. Y mientras tocaba la campanilla y golpeaba la puerta, un hombre se acercó a ella. Disipados los vapores de su embriaguez por el ruido, o imaginando que la joven estaba armando un alboroto, empezó a insultarla. Margaret Jewell dejó de golpear la puerta. Nada podía hacer, excepto esperar la siguiente aparición del vigilante. Continuar ahora sus inútiles campanillazos sólo la expondría a nuevos improprios.

Esperó unos treinta minutos. Puntualmente, a la una, se acercó George Olney, cantando la hora. Al ver a la muchacha junto a la puerta de Marr y no saber quién era, le ordenó que se alejara. Ella explicó que era de la casa y que le parecía muy raro que la hubieran dejado fuera. Olney estuvo de acuerdo con ella y dijo que no tenía la menor duda de que la familia estaba en casa. Había pasado al cantar la hora a las doce, y él mismo había visto al señor Marr que montaba sus contraventanas. Poco después de la medianoche, había examinado el escaparate, como tenía por costumbre, y había advertido que las contraventanas no estaban bien aseguradas. Llamó entonces a Marr y le contestó una voz desconocida: «Ya lo sabemos.» Ahora, sosteniendo la linterna a buena altura junto al escaparate, examinó de nuevo la contraventana. El pasador todavía estaba suelto. Tirando de la campanilla, Olney llamó ruidosamente. No hubo respuesta. Insistió otra vez, hizo sonar la aldaba, y después se inclinó y gritó a través del agujero de la cerradura:

—¡Señor Marr! ¡Señora Marr!

Las repetidas llamadas, que iban ahora in crescendo, despertaron a John Murray, prestamista, que vivía en la casa contigua. No era hombre propenso a curiosear lo que hacían



sus vecinos, pero ya lo había alarmado el anterior aporreo de la puerta por parte de Margaret Jewell. Ahora, a la una y cuarto, él y su esposa, ya acostados, esperaban poder dormirse. Anteriormente, aquella noche se habían oído ruidos misteriosos. Poco después de las doce, él y su familia se habían alarmado mientras cenaban tardíamente al oír un choque pesado en el edificio contiguo, como si derribaran una silla. Lo había seguido el grito de un muchacho, o de una mujer. En aquel momento, esos ruidos no causaron una gran impresión. Probablemente Marr, irritado y fatigado al finalizar una jornada larguísima y atareada en la tienda, estaba aplicando un correctivo a su aprendiz o a su criada. Allá él. Pero el persistente alboroto ya era otra historia, y Murray decidió salir a la calle.

Margaret Jewell explicó rápidamente la situación con un confuso parloteo acerca de ostras, facturas del panadero y gritos del bebé, y siguió la explicación más pausada de George Olney referente al pasador suelto y las llamadas sin respuesta. John Murray tomó el mando. Dijo al vigilante que continuara llamando vigorosamente con la campana y que él iría a su patio posterior y procuraría que desde allí la familia Marr lo oyera. Así lo hizo, llamando tres o cuatro veces por su nombre al señor Marr, pero tampoco hubo respuesta. Después vio una luz en la parte trasera de la casa y, volviendo a la calle, dijo al vigilante que llamara todavía con más fuerza, mientras él trataba de meterse en el edificio por la puerta posterior.

Era tarea fácil saltar la endeble cerca que dividía las dos propiedades, y pronto se encontró en el patio posterior de los Marr. Observó que la puerta de la casa estaba abierta. Reinaba un gran silencio en el interior, pero había una débil lucecita procedente de una vela que ardía en el rellano de la primera planta. Murray subió la escalera y se hizo con esta vela. Se encontraba frente a la puerta del dormitorio de los Marr, y entonces, por delicadeza, ya que a veces el hábito se

impone a todo razonamiento, se detuvo indeciso ante esa puerta y llamó delicadamente, como si la joven pareja, ignorando el clamor provocado en la calle, durmiera tranquilamente en brazos el uno del otro.

—Marr, Marr, no ha asegurado los porticones de su escaparate.

Nadie contestó. Murray, sin atreverse todavía a invadir la intimidad del dormitorio de su vecino, sostuvo en alto la vela y bajó con cuidado la escalera hasta llegar a la tienda.

Fue entonces cuando descubrió el primer cuerpo. El aprendiz, James Gowen, yacía sin vida junto a la puerta que conducía a la tienda, a menos de dos metros del pie de la escalera. Los huesos de su cara habían sido machacados por una serie continuada de golpes. Su cabeza, que todavía sangraba, había sido reducida a papilla, y la sangre y los fragmentos de cerebro salpicaban la tienda hasta la altura del mostrador, e incluso colgaban, como macabra excrecencia, del bajo techo. Petrificado por la sorpresa y el horror, por unos momentos Murray no pudo gritar ni moverse. La vela temblaba en su mano, proyectando sombras y una luz débil y espasmódica sobre la cosa que yacía a sus pies. Después, lanzando un gemido, el prestamista avanzó tambaleándose hacia la puerta, pero encontró el camino bloqueado por el cadáver de la señora Marr. Ésta yacía boca abajo, con el rostro contra la puerta de la calle, y la sangre manaba todavía de su cabeza destrozada a golpes.

Como pudo, Murray abrió la puerta y anunció incoherentemente sus noticias.

—¡Asesinato! ¡Asesinato! ¡Vengan a ver lo que han hecho aquí!

El grupo que se había formado fuera, aumentado ahora por la llegada de vecinos y de un segundo vigilante, se apiñó para entrar en la tienda. El horror los paralizó. Margaret Jewell empezó a chillar. Menudeaban los gruñidos y los sollozos. Poco tiempo se necesitó para que se revelara una nueva



tragedia. Detrás del mostrador, y también boca abajo, con la cabeza hacia el escaparate, estaba el cadáver de Timothy Marr. Alguien gritó: «El crío, ¿dónde está el crío?», y la gente se precipitó hacia el sótano. Allí encontraron al niño, todavía en su cuna, abierto de un golpe un lado de la boca, magullado el costado izquierdo de la cara, y la garganta rajada hasta el punto de que la cabeza estaba casi separada del tronco.

Trastornados ante tanto horror y tanta brutalidad, y sobrecogidos por el miedo, los componentes del pequeño grupo reunido en la cocina subieron la escalera con paso vacilante. La tienda estaba ahora abarrotada de gente e iluminada por la luz de varias velas. Sin separarse unos de otros, como en busca de protección, los curiosos contemplaban el local a su alrededor. En aquella parte del mostrador que se había librado de las salpicaduras de la sangre y los sesos de Gowen, vieron un escoplo de carpintero. Con manos temblorosas, que apenas obedecían, hubo quien lo alzó. Estaba perfectamente limpio.



